

buena fortuna, que no solo sorprendieron á los liberales que les suponían fuerzas de Moriones, sino que les derrotaron é introdujeron el pánico mas terrible en las filas de sus enemigos. Una media hora duró el combate, quedando en poder de los carlistas tres piezas de artillería, mas de 2,000 fusiles, las cajas de los regimientos, sobre 300 prisioneros y en el campo mas de 800 cadáveres. Mayor pérdida pudo haberse experimentado y mas desastrosas consecuencias hubieran resultado para el ejército liberal si Argonz avanza, como pudo hacerlo, hácia Oteiza con sus nueve batallones, poniendo en peligro, ó en apuro cuando menos, al cuartel real, en el que no dejó de haber grande alarma.

Entre los vencedores de Lácar reinó el mayor desorden: algunos se adelantaron hasta Lorca donde les hizo frente Fajardo; otros se acercaron al cerro de Muniain, situado en una de las vertientes del Esquinza; pero estaban allí el intrépido Mediavilla y el bravo Alday, que supieron rechazar á los invasores, costando la vida al segundo y al bizarro capitán de ingenieros Hernandez, muriendo tambien á su lado soldados no menos valientes, quedando heridos no pocos, y con veintisiete balazos el caballo de Mediavilla, y éste herido. Se habia hecho retroceder á los carlistas; pero habian acudido otros llegando hasta las puntas de las bayonetas de sus enemigos, se cruzaron, y peleóse cuerpo á cuerpo, porque no satisfacía la distancia al furor de ambos combatientes, que bregaban en la oscuridad de la noche con enconado empeño, produciendo horrible carnicería. Nuevamente son rechazados los carlistas y de nuevo reproducen el ataque hasta que al fin fueron vencidos. Cerca de 200 bajas se experimentaron en uno y otro campo, prodigándose actos de heroísmo, como el que ocasionó la muerte del joven alférez, casi niño, don Julio Romero Marchent, que solo, abandonado, envuelto y acosado por numerosos enemigos, se defiende de las bayonetas y de los tiros; el fuego es á quema ropa; el arma blanca y la de fuego se emplean á la misma distancia; nada le intimida, ni le hace desfallecer la sangre que arrojan cinco heridas de bayoneta, hasta que mortalmente herido de un balazo, cayó exánime, no sin haber matado antes á dos de sus adversarios, herido al tercero y arrancado á otro la carabina. Un valeroso carlista se mezcló entre los liberales, mató á tres é hirió al jefe, al que hubiera matado á no impedirlo un gastador dando la muerte al audaz carlista. Tambien murió aquella noche el gastador.

Liberales y carlistas cometieron grandes faltas, que no se cuidaron de remediar. Los carlistas celebraron el triunfo obtenido en Lácar, pero no bastaba á indemnizar el terrible efecto producido por el abandono sin combatir de las formidables posiciones del Carrascal: era para los liberales conveniente continuar el plan tan bien inaugurado, hasta caer sobre Estella; se acordó sin embargo suspender las operaciones para fortificar los puntos ocupados. El Rey marchó á Pamplona, y por Tafalla y Logroño regresó á Madrid.

Aunque el ejército del Norte quedó mermado con la vuelta al centro de la division Despujols, propúsose el general en jefe continuar con vigor las operaciones. Relevado por el general Quesada, siguió este aumentando las fortificaciones de su línea, en cuyo trabajo se ocupaban tambien los carlistas, procurando unos y otros impedirlos cañoneándose mutuamente y tiroteándose las avanzadas, y ambos contendientes permanecieron en esa inamovilidad enervante para el soldado: se le movía solo conduciendo convoyes ó en los relevos de fuerzas é instruccion, exigiéndola detenida la nueva juventud que llamaron á las armas liberales y carlistas.

Con el contingente que dió la quinta al gobierno liberal, consideró el Consejo de ministros necesario adoptar un plan de limitada ofensiva en unas provincias y de vigoroso impulso en otras. El resultado de las operaciones sobre el Carrascal mejoró notablemente la situacion del ejército del Norte, y produciendo la quinta unos 40,000 hombres de positivo ingreso, podia elevarse su fuerza á un total aproximado de 230,000 hombres en lugar de los 210,000 que entonces tenia (1). Con-

(1) El ejército liberal del Norte contaba en 23 de marzo con 88 batallones, 8 regimientos de caballería, 14 baterías montadas, 8 de montaña, 21 compañías de ingenieros y algunas fuerzas irregulares, que hacían un total de 78,782 infantes, 2,651 caballos y 92 piezas.

tinuaron sin embargo unos y otros combatientes á la defensiva, no desaprovechando los carlistas ocasiones como la que aprovechó la partida de Azcárate que invadió á Cáseda, guardada por mayor fuerza de carabineros: tambien las contraguerrillas que opusieron los liberales á las partidas de sus enemigos, y en especial la mandada por don Tirso Lacalle, conocido por el *Cojo de Cirauqui*, efectuó sorpresas y actos de valerosa audacia, produciendo algunas terribles represalias é inhumanos fusilamientos.

Notablemente modificadas las opiniones políticas de don Ramon Cabrera, decidióse al fin á ponerse de parte del gobierno, para terminar la guerra, desengañado de sus correligionarios y del que los personificaba. En relaciones con don Alfonso desde Londres, cuando fué proclamado rey las continuó el señor Merry del Wal en representacion del ministerio-regencia, hasta que se firmó el 11 de marzo el acta que reproducida del original acompañamos autografiada.

Don Carlos consideró á Cabrera rebelde y le exoneró de todos sus títulos y honores; lo cual estimuló mas al antiguo caudillo tortosino á procurar separar de las filas carlistas á sus amigos y á los disgustados; pero los que le siguieron no tenían mando de fuerzas, ni llevaban consigo mas que la influencia de su nombre: no bastó esto para reunir la gente que se necesitaba para pasar en armas la frontera proclamando la paz: hizo mas Muñagorri en la anterior guerra. Se concibieron algunas esperanzas de paz; en muchos pueblos de Navarra se firmaron sendas exposiciones pidiéndola, circularon allocuciones demostrando los males que la lucha producía, y si entonces no produjo todo esto el resultado apetecido por los mas, fué predisponiendo los ánimos, de suyo cansados, á posteriores consecuencias.

No dando grande importancia los carlistas á la actitud de Cabrera, procuró Mendiri sacar la guerra del estado de atonía á que estaba circunscrita; mas solo se efectuaron algunas pequeñas operaciones, hechos aislados que á nada conducían cuando seguía la inaccion en uno y otro ejército.

Podria ser una necesidad para las fuerzas liberales de Guipúzcoa el abandono de la línea del Oria; pero causó gran sensacion y sentimiento en San Sebastian, aumentado con la pérdida del pueblo y fuerte de Astigarraga, y mas al susurrarse por todos y saberse por algunos pocos, que su evacuacion la habia convenido con los carlistas el jefe del destacamento de Astigarraga, compuesto de carabineros.

Los carlistas avanzaron, como era natural, su línea contra San Sebastian, que les opuso las fortificaciones en los puntos avanzados de Ametzagaña y Jaizquível: no estaba por allí el peligro, aun cuando eran sitios desde donde se podia lastimar á la ciudad; era la parte de Igueldo la que habia que atender, pues en cuanto al castillo de la Mota, es casi inútil, por estar dominado, y de nada sirvió durante el bombardeo. La antigua é inmortal Guetaria, patria de Elcano, experimentó entonces los terribles efectos de la guerra y de la saña de los

De estas tropas se empleaban en guarniciones de plazas y puntos fuertes, mas la línea del Ebro, 13,900 infantes, 298 caballos, 6 piezas y 793 hombres de fuerzas irregulares. Quedaban, pues, disponibles 64,882 hombres y 2,353 caballos.

Los carlistas del Norte reunían en el mismo mes de marzo un total de 2,602 generales, jefes y oficiales, 30,794 individuos de la clase de tropa, incluidos los sargentos primeros; é incluyendo la administracion y sanidad militar, clero castrense, cuerpo jurídico y veterinario, sumaban 33,860 hombres, 1,808 caballos y 794 mulos. La artillería tenia un servicio de 85 piezas, y se estaban montando además 2 Krupp y organizándose una nueva batería de cañones de montaña. Los proyectiles de diferentes sistemas ascendían á 28,235. La fuerza presente de la division de Castilla, que operaba tambien en las provincias, segun el estado que tenemos á la vista, del comisario don Isidro de Helguero, se componía de un batallon de Guías, y de los batallones del Cid, Arlanzon, Burgos, Cruzados y Palencia y un regimiento de caballería, dando un total de 355 de las clases de jefes á cadetes inclusive, y de la de tropa de 3,057 con 456 caballos.

Incluyendo las fuerzas de Cantabria, el batallon de Aragon, el de la Rioja y el de Asturias, excepcion hecha de los enfermos y heridos, y de los tercios de las provincias, el total de fuerzas carlistas en el Norte en marzo se elevaba á 39,184 hombres y 2,341 caballos; y los estados oficiales de abril dan un total de 38,559 hombres, 2,138 caballos y 797 mulos.



carlistas, que la arrojaron á la sazón 4,616 bombas y granadas, llevando consigo el incendio y la destrucción, teniendo que abandonar el pueblo las cuatro quintas partes de sus moradores por la absoluta falta de medios de subsistencia. Duraba el sitio desde el 13 de mayo de 1875.

Para imponer á los carlistas, dispuso el gobierno el bombardeo de los puertos de la costa situados desde el abra de Bilbao á Fuenterrabía, y efectuóse sin gran decisión aunque causándose los consiguientes daños; los puertos que estaban indefensos llegaron á artillarse y jugaron tan acertadamente algunas piezas que practicando el 26 de mayo un reconocimiento sobre Zumaya, Deva y Motrico, el brigadier Barcáiztegui, reventó en su mismo cuerpo una granada arrojada desde Motrico, y le destruyó por completo. Pareciendo á muchos duro el bombardeo, se trató del bloqueo de la costa; y justamente cuando se establecía, ó cruzaban al menos las aguas de Vizcaya y Guipúzcoa los buques de guerra, se efectuó en Bermeo un nuevo desembarco de 2,000 fusiles de aguja, 4 cañones, sables, cartuchos, etc. Volvióse á pensar en el bombardeo y se lanzaron algunos proyectiles á Mundaca, Bermeo, Lequeitio, Ondárroa, Motrico y al pequeño Elanchove, cesando en agosto sin mas resultado que producir ruinas, pues en este segundo período del bombardeo hubo mas decisión que en el primero. También fué causa de que se decidiese el bombardeo de San Sebastian por los carlistas.

Antes, habia considerado el Consejo de ministros insostenible la inmovilidad en que estaba el ejército del Norte, y cuando el que ocupaba Navarra presentaba un frente de operaciones de una extensión de mas de 40 kilómetros, y era un peligro inminente ante un enemigo que tenia de su parte el país y era activo, si bien no se le utilizaba debidamente. Se atendió con prevision á Vitoria, y se encomendó al general Tello la conduccion de un convoy, que llevó á su destino, á pesar de pretender impedirlo los carlistas, que no le opusieron los mismos obstáculos á su regreso á Miranda.

Cuando los cambios verificados en el Centro y Norte parecían humanizar la guerra, las medidas de rigor que adoptó el gobierno contra los bienes y personas carlistas, empezaron á darla ese carácter de ferocidad peculiar comunmente de las luchas civiles, y que nos hacian retroceder mas de un siglo. Llegaban á 13,000 los destierros acordados; Estella y otras poblaciones carlistas se vieron invadidas, y los lamentos de los emigrados llevaron á su campo la exasperacion: unos y otros beligerantes rivalizaban en terribles disposiciones, y la guerra prometia llevarse con todo su feroz salvajismo; pero los sucesos se precipitaban haciendo variar el aspecto de las cosas y de las personas. Pérula relevó á Mendiri en el mando en jefe del ejército carlista; corrió á Alava á impedir el paso de los liberales á Vitoria; ocuparon estos á San Fornerio; no pudiendo pensarse en marchar por la carretera desembocaron al amanecer del 7 de julio en el condado de Treviño 25 batallones, 7 escuadrones, 6 baterías y 3 compañías de ingenieros; la concentracion de estas tropas y su despliegue en el campo de batalla se verificaron con rapidez y precision geométrica, y entre siete y ocho de la mañana habian entrado en línea y ocupado sus respectivos puestos de combate todas las fuerzas del general Quesada, cuyo plan, bien concebido, consistia en hacer un cambio de frente, sirviendo de eje la izquierda, avanzar el ala derecha, atravesar los montes de Vitoria y caer sobre esta ciudad. Peleando Loma y Pino por la derecha y centro, y avanzando, sostenia Tello en la izquierda un sangriento combate, adquiriendo la lucha un carácter de desesperado encarnizamiento, cuando los carlistas iniciaron un vigoroso ataque de frente, llegando las guerrillas á mezclarse y embestirse á bayonetazos. Logroño y Soria no cedían; este último batallón habia agotado las municiones; era imposible relevarlo en aquellos momentos; la línea de combate empezaba á ceder el terreno, cubierto de muertos y heridos, y en tan terrible trance, el general Tello envió por la caballería, y cuando esta llegó ordenó personalmente al coronel Contreras cargar al enemigo. Este fué el instante decisivo del combate. Puesto Contreras á la cabeza de 98 ginetes, cargó á fondo, arrollando y acuchillando las guerrillas enemigas y sus reservas y sembrando el campo de cadáveres. Se municionaba en el ínterin

Soria, reemplazándole en la línea otras fuerzas, no quedaba á Tello ni un hombre de reserva: hacen los carlistas el último esfuerzo, reerudécese el combate, se cruzan las bayonetas, llegan en este momento los dos batallones enviados por Loma, amenazan el flanco izquierdo del enemigo, vacila este, y acaba por retirarse perseguido, quedando Tello, despues de cinco horas de combate, dueño del campo, aunque á costa de sensibles pérdidas que demostraban el encarnizamiento de la pelea. Sobre 800 bajas entre muertos y heridos experimentaron ambos combatientes en esta batalla de Zumelzu ó Treviño. Si cuando los carlistas se retiraban hubiera salido á su encuentro la guarnicion de Vitoria, el desastre fuera completo. Pérula consideró esta jornada como un triunfo, que estuvo muy léjos de serlo para sus huestes.

Mas que hasta entonces iban á experimentarse en Alava los rigores de la guerra. Se dispuso, cumpliendo las órdenes del Gobierno, incendiar las mieses, salvando á algunas su verdor; se prendió á ayuntamientos y mayores contribuyentes por no satisfacer los pedidos que se hacían; se ejecutaron algaradas por la llanada para imponer á los pueblos, á los que se exigían tributos, y se distribuían entre las tropas cuantos víveres se encontraban, destruyéndose los sobrantes. Estas algaradas destructoras se efectuaban en la Rioja y en Navarra, ejecutándose igualmente los carlistas en propiedades liberales. En Vizcaya procuraba el general Villegas distraer la atención de sus enemigos que se acumulaban sobre Alava. Estas fuerzas carlistas se encomendaron al conde de Caserta, que no pudo hacer mucho, porque la guerra en esta provincia les era perjudicial, ocupando Quesada la posición estratégica de Vitoria, que le permitia amenazar y atacar varios puntos á la vez. Pérula queria llevar la lucha á Navarra, aumentar las fuerzas de Guipúzcoa para obligar á los liberales á acudir á los dos puntos, sacando así las fuerzas de Alava, donde servían mal, quedando Caserta en fortificar los puntos importantes que se le señalarían y en Vizcaya los inmediatos á Somorrostro, para asegurar la posesion de las ricas minas de Ortuella.

El movimiento que los carlistas ejecutaron sobre Logroño decidió á Quesada á avanzar sobre Villarreal, que cañoneó y las posiciones que le defendían, regresando al siguiente día á Vitoria. Don Carlos efectuó una excursión por Alava y Guipúzcoa, prodigando consuelos y alentando esperanzas, y marchó á Estella, acompañándole un lucido séquito de jefes y los príncipes de Nápoles y Parma.

En Guipúzcoa se entretenían los carlistas en bombardear á Hernani, una de las poblaciones que más codiciaban y á la que desde fin de mayo á setiembre arrojaron más de cuatro mil bombas y granadas. Para facilitar las cada día más difíciles comunicaciones de San Sebastian con Hernani, se decidió Blanco á apoderarse de Montevideo, y lo consiguió, procediendo á fortificar las posiciones conquistadas, cuyos trabajos molestaban los carlistas desde Santiagomendi, y hasta trataron de sorprender aquella posición y el fuerte de Daneta, siendo rechazados. El general Trillo, que reemplazó á Blanco, dando la debida importancia á la posición de Urcabe sobre Oyarzun, dominando la carretera de San Sebastian á Irun, así como las posiciones de Zubelzu y Glazeta, cercanas á la última villa y tambien en la carretera, amagó un desembarco en Guetaria para atacar á Garate, se hicieron dueñas las tropas liberales de las posiciones anteriores, y si algunas fueron tomadas sin resistencia, la tuvo el brigadier Vitoria, que tomó á viva fuerza las alturas de Eguiola y Peña de Recarte, y efectuó su retirada bajo el fuego enemigo, experimentando algunas pérdidas.

Confiado por los carlistas el mando interino de las operaciones militares en Guipúzcoa al conde de Caserta, no se mostró muy satisfecho del estado en que estaban las fuerzas y los ánimos en aquella provincia, y pidió se le relevase para irse con los alaveses, reemplazándole á poco don Eusebio Rodríguez, que empezando su carrera militar de soldado en 1844 y peleando en 1872 contra los carlistas, siendo ya comandante, al verse de reemplazo, se presentó á Dorregaray. Dificiles eran las circunstancias para el nuevo jefe carlista, pero supo hacer frente á sus enemigos en su ataque á Chori-

toquieta y posiciones inmediatas, y el general Trillo tuvo que pasar por la amargura de retirarse al frente del enemigo; «lo exigían las circunstancias, que pueden mas que el hombre y hacen fracasar los mejores combinaciones de la guerra.»

Impresionó esta retirada en San Sebastian, cuyo bombardeo comenzó aquella noche, desde la falda de Arratsain, arrojando los cañones carlistas cerca de doscientas granadas. En represalias dispuso Trillo el bombardeo de Usurbil, Larsarte, Urnieta, Ergobia y Astigarraga, sin mas resultado que producir desgracias aumentando los estragos de la guerra.

Los carlistas habian avanzado bastante su línea, que la conservaron en ocasiones solo dos batallones, habiendo unos quince en San Sebastian. Para vencer á los defensores de don Carlos, ó romper su línea, necesitaba Trillo mas fuerzas, y las pedia, y las corporaciones de San Sebastian: temiendo su llegada los carlistas, volvieron á llamar los tercios, formados de casados. Pudieron así continuar el bombardeo de Guetaria, Hernani y San Sebastian, habiendo dia, el 29 de noviembre, en que se lanzaron á esta ciudad 96 granadas, y á la patria de Juan de Urbieta mas de 4,000 en los meses de octubre, noviembre y diciembre.

El general Quesada se quejaba de falta de fuerzas, porque «dadas las proporciones que ha alcanzado aquí la guerra, decia, sólida organizacion con numerosa artillería el enemigo, su sistema general de atrincheramientos con obras de la mayor importancia en los pasos obligados y difíciles, en este país tan frecuentemente, no hay que pretender ni esperar nunca llamarlo á otro terreno para buscar en combates parciales, probables ventajas, que siempre que se obtuviesen satisfarian la impaciencia pública, pero tambien con dureza juzgaria el menor revés, de tantas consecuencias en estos momentos... sin cuerpos diferentes y bastante numerosos para bastarse á sí propios, con medios de alimentarse y de proveer á sus múltiples necesidades, no puede verse el enemigo seriamente amenazado, ni llamarle fuera de sus defensas á un combate en que no espero ventajas, que nosotros tampoco podemos hoy buscar (y si solo probables desastres) si avanzamos inconscientemente al territorio que tienen elegido y preparado para resistir.» Esto no obstante, avanzó Quesada desde Villarreal á Murguía, llegó á Orduña sin ser hostilizado, acudiendo Loma procedente de Quincoces, y, despues de causar los posibles desperfectos en las minas de Barambio y en Lezama y Amurrio, Quesada regresó á Vitoria y Loma á Valmaseda.

En auxilio de las fuerzas liberales atacadas en Lumbier acudió el general Reina desde Tafalla, Rodriguez Espina desde Puente la Reina, y la brigada Araoz desde Berdun. A pesar de la naturaleza de las fuertes posiciones de la ermita de la Trinidad, se atacaron de frente, no pudiéndolas tomar en cuatro horas de porfiado combate, y de haber sido protegidas las primeras fuerzas con otras de refresco, teniendo que retirarse con grandes pérdidas. Dueños los carlistas de la sierra de Leire, molestaban con sus fuegos á los que de ella se empeñaban en echarles. Eran inferiores en número los carlistas, pero sus posiciones no podían ser mas excelentes: ocupaban las alturas que rodean á Lumbier, y desde ellas causaron numerosas bajas á los liberales, que pudieron haber sido mejor dirigidos. Indemnizábase de estas pérdidas el general en jefe en la Sierra de Toloño, apoderándose de San Leon, de Peñacerrada, y de Bernedo, cuya defensa tenia recomendada don Carlos, al que manifestó Pérula la imposibilidad de sostener líneas extensas, añadiéndole que la situación de la causa era gravísima, que el país estaba cansado y las diputaciones no ayudaban, por lo que era necesario reconcentrar las fuerzas. Don Carlos le alentaba y le pedia un plan que no fuera local ni raquítico; en su concepto, entendia que el principal punto de mira habia de ser «destronar una columna ó un cuerpo de ejército, echarnos sobre él á lo Lacar, á la bayoneta; así economizaremos sangre y municiones é infundiremos terror. Esto conseguido, no debemos parar: es preciso dar golpe sobre golpe, con resolucion, con confianza en Dios.» Estimuló á las diputaciones para que con preferencia á los demás servicios alentarán la construcción de armas, cartuchos y calzado, y dirigió á su ejército una alocucion desde Durango, diciendo que habia llegado la

hora tan deseada, víspera de grandes batallas, y que la revolucion guiada por un príncipe iba á intentar el último esfuerzo (1).

De todo necesitaban los carlistas para hacer frente al gran conflicto que les amenazaba. Se apoderaron sus enemigos de la línea de Alzuza á San Cristóbal, que no dejaba de ser un peligro para Pamplona, por lo que celebró con luminarias y campaneó la conquista de aquellas posiciones desde donde les cañoneaban los carlistas diariamente, experimentando un terrible bombardeo además de verse asediados, y se preparaban las operaciones que habian de terminar la guerra.

Acordado en Madrid un plan de campaña y la reorganizacion del ejército del Norte, se disolvieron los de Cataluña y del Centro, y se constituyó con sus fuerzas el ejército de la derecha que ocuparía el territorio de Navarra, guiándole el general Martinez de Campos, y Quesada el de la izquierda, que comprendia las provincias Vascongadas y las del distrito militar de Burgos. Las fuerzas de ambos ejércitos eran 121 batallones muy completos, 64 escuadrones, 24 compañías de ingenieros y 37 baterías: en junto eran mas de cinco veces superiores en número á los carlistas, y con superabundancia de recursos y toda clase de medios.

El ejército carlista sumaba en 31 de diciembre de 1875: 200 jefes superiores, 2,063 de comandante á alférez y 29,807 de la clase de tropa. Incluyendo la administracion y sanidad militar, clero castrense, etc., arrojaba un total de 32,976 hombres, 1,769 caballos y 680 mulos, no incluyéndose las fuerzas de Rioja, Cantabria, Asturias y Aragón, como tampoco los que se encontraban en los hospitales. Constituian su artillería mas de 80 piezas de campaña y 29 de plaza.

Por dimision de Pérula se confirió el mando de los carlistas al conde de Caserta, quien antes de emprender las operaciones deseó llenar los almacenes de cartuchos para poder sostener varios combates seguidos.

Al aproximarse las operaciones decisivas, temióse por Estella, y encargó don Carlos se defendiese á todo trance. *Confianza y á vencer*, fué el grito que se dió á los carlistas, y para alentar don Carlos á su gente, recorrió la izquierda de su línea hasta el monte Garate, visitó la fábrica de fundicion de Azpeitia, marchó á Estella, reconoció las posiciones de la Solana, revistó sus fuerzas, dirigió una pequeña operacion militar contra los liberales que ocupaban el monte de San

(1) Recordaba pasadas glorias y añadia en esta alocucion:

«Pues bien, á corazones tan esforzados no se debe ocultar la verdad, que creerán vuestros alientos al compás que arrieten los peligros. Ciento, doscientos mil hombres tal vez arrojará Madrid sobre estas provincias; vengán en buena hora. Con soldados como vosotros solo se cuenta el número de enemigos despues de la victoria; vengán en buen hora, que contra vuestros pechos se estrellará su feroz ímpetu como se estrellan contra el inmovible peñasco las rugientes olas del mar embravecido.» Recuerda la titánica lucha contra Napoleon, el *no importa* de aquellos héroes; dice que la constancia es la victoria, y añade:

«A los que procuren desanimaros, despreciadlos; á los que intenten sembrar entre vosotros la desconfianza, denunciadlos á vuestros jefes para el castigo. Esperando la hora del combate, santificad vuestro corazón elevándolo á Dios, á Dios por quien combatimos, y que, una vez mas, con su brazo todopoderoso anonadará á nuestros enemigos tan soberbios. Torpes manejan han hecho estériles las fatigas de nuestros hermanos de Cataluña y del Centro, pero pronto se oirá en sus ásperas montañas el grito de *desperta ferro*, y en sus cumbres tremolará de nuevo nuestra bandera inmaculada. Las demás provincias de España agítanse para auxiliarnos, que pruebas recientes tienen de nuestra abnegacion y de nuestro patriotismo.

»Voluntarios, adelante. Penalidades sin cuento nos esperan; hambre, frío, desnudez, cansancio: las sufrirá con vosotros. Las grandes causas necesitan inmensos sacrificios; pero venceremos, y os lo aseguro. Voluntarios, con vuestra constancia salvareis las santas creencias de nuestros padres, salvareis á España, salvareis la monarquía, salvareis nuestras antiguas libertades. Al combate, voluntarios: pensad que si vivos, ceñirán vuestras frentes la corona de los héroes; la palma gloriosa de los mártires cubrirá el sepulcro de los que peleando por Dios, por la patria y por su rey, muieran en los campos de batalla.—Vuestro rey y general, Carlos (.)»

(.) Al dirigir esta alocucion á las diputaciones vascongadas y Navarra, sin ocultarles el peligro, las estimulaba á enardecer el espíritu público.